

Banco de Francia, gracias á la habilidad con que supo aprovechar el privilegio del curso forzoso que se le concedió, y al renacimiento de la confianza pública, consiguiera elevar el crédito de sus billetes de modo que fuesen preferidos al metálico, y que en 22 de diciembre de 1849 se le concediera extender su emisión á 525 millones. Tiempo hacía que de hecho había cesado la circulación forzosa de sus billetes, que fué abolida al fin en agosto de 1850.

Volvió á entrar el banco en su situación normal, con la particularidad de que era mucho más fuerte que antes de pasar por la prueba ruda de febrero de 1848: real y positivamente era ya el banco de Francia. El ilustrado celo con que procuró en lo sucesivo ensanchar sus operaciones aumentando las sucursales, y el sorprendente vuelo que dió el Imperio á toda clase de negocios, imprimieron á la actividad de aquel un fabuloso impulso, y le permitieron sufrir sin grandes conmociones las diversas crisis por que hubo de atravesar después. Persuadido al fin de que su porvenir depende en gran parte del aumento de sus sucursales, ha sabido extenderlas á todas partes, se ha hecho perdonar el monopolio de que disfruta prestando inmensos servicios al desarrollo económico de Francia, y por su importancia y por su gran crédito es el segundo banco de circulación del continente.

El insigne economista J. E. Horn, al reseñar detalladamente la historia del Banco de Francia, de la cual extractamos estos ligeros apuntes, termina con las siguientes palabras, que, dada la autoridad de su autor, consideramos útil reproducir aquí:

«No es menos cierto que la obligación de las tres firmas continúa haciéndole inaccesible para la mayor parte del comercio mediano y para el pequeño; que permitiéndole, y hasta casi obligándole, su posición de banco privilegiado, á no ocuparse sino de firmas de primera, multitud de casas y de efectos indudablemente corrientes, están excluidos de poder utilizar las ventajas de su descuento; que negando toda bonificación á los depósitos, no ejerce sobre el ahorro, sobre la formación y empleo de capitales, la poderosísima influencia por la cual pueden los bancos contribuir eficazmente al progreso de la riqueza nacional; que las sucursales, cuya actividad poco más ó menos queda limitada á los sitios de su residencia, no pueden de pronto irradiar su acción dispensando las ventajas del crédito á los puntos más extremos del país. En una palabra, el Banco de Francia, no sólo á pesar de esto realiza todo el bien, sino que evita aún casi todo el mal que puede hacer un banco de monopolio. Pero es muy permitido pensar, sin embargo, si con menos centralización ofrecería mayores ventajas; si un sistema de banco menos unitario, extendería los beneficios del crédito á las clases tan numerosas como interesantes que en la actualidad casi sólo de nombre lo conocen.»

Los Bancos en los Estados Unidos.—Existe en los Estados Unidos, como en Inglaterra, una vasta asociación de banqueros que celebra congresos anuales, publica un diario, *the Banker's magazine*, vota acuerdos, anima y favorece varios trabajos y ejerce sobre la numerosa clase de banqueros una saludable vigilancia. Esta asociación, mucho más antigua que el *Institut of bankers* de Londres y que la de Edimburgo, disfruta en los Estados Unidos de mayor influencia y prestigio que estas, cuenta con dos mil socios y con un presupuesto anual de ingresos que llega á 80,000 pesetas. Los últimos

congresos de que tenemos noticia los celebró en agosto de 1880 y 1882 en Saratoga, y en 1881 en Niágara Falls: todos fueron notables por los asuntos de que se ocuparon. En cada uno de ellos, M. John Knox, interventor de la circulación, presentó una Memoria sobre los bancos americanos, así como otros miembros de aquellos congresos presentaron trabajos interesantísimos, ya sobre la circulación monetaria, ya sobre las tarifas especiales de los bancos, sobre la legislación á que están sujetos, sobre su desarrollo y sobre los progresos agrícolas é industriales de la Confederación, á los cuales están naturalmente asociados los bancos en los Estados Unidos.

Y es que en los Estados Unidos, como en Inglaterra, la banca ejerce casi una función especial y se le concede muchísima más importancia que en el continente, tanto por los servicios que está llamada á prestar, como por el preferente lugar que ha sabido conquistarse. Su desarrollo corresponde á todas las fases económicas de la constitución de aquel gran pueblo, formado en un territorio casi tan vasto como Europa. Seguir en su desenvolvimiento y en sus transformaciones los bancos de los Estados Unidos, es asistir al desenvolvimiento y á las transformaciones de aquel gran país.

Otro tanto sucede con Inglaterra. El desarrollo de los bancos ingleses ha sido paralelo á los extraordinarios progresos de esta nación durante el siglo XVIII. La historia de los bancos ingleses está tan íntimamente asociada con la del pueblo inglés, como lo está la de los bancos americanos con el pueblo americano.

No es, pues, extraño que entre los bancos ingleses y los bancos de los Estados Unidos, notemos los más estrechos lazos de parentesco, que revelan la influencia de un origen común, de iguales tradiciones y de cualidades especiales á la raza anglo-sajona. Así es que el principio de la libertad de emisión, que durante tanto tiempo prevaleció en Inglaterra y Alemania y que verdaderamente impera todavía en estas naciones, aunque bajo ciertas restricciones; este principio, á pesar de las duras lecciones de la experiencia y de severas limitaciones, informa también la legislación americana.

A que, como hemos dicho, los progresos económicos del país hayan correspondido siempre al desarrollo de los bancos, y á veces hasta los hayan precedido, deben los de los Estados Unidos y de Inglaterra la acumulación en sus arcas de capitales enormes, prenda y condición segura de su prosperidad, que se acrecienta todos los días.

Mas al lado de estas semejanzas, existen diferencias que no podemos menos de consignar. En Inglaterra la importancia de los grandes bancos no estriba en su número, lo cual es debido á su estado social. En los Estados Unidos, su número precisamente es el que domina; ni siquiera existe en ellos un banco que pueda compararse al *London and Westminster*. Es decir, que si tenemos Banco de Inglaterra, Banco de Francia, Banco de Rusia, Banco del Imperio alemán, Banco de España, no existe, ó por mejor decir, no existe ya un Banco de los Estados Unidos; puesto que en un siglo hubo dos, tan incontestables son las ventajas de un gran establecimiento de crédito, centro, sostén y centinela de los demás. Pero las costumbres, las ideas, las tendencias democráticas se han impuesto allí á las consideraciones económicas. Los bancos ingleses tienen un carácter en cierto modo universal, cosmopolita: se hallan esparcidos por todo el globo, como instrumentos de la influencia universal del inmenso comercio de Inglaterra. Los bancos de los Estados Unidos son puramente americanos; por esto son me-

nos conocidos, y por esto hemos tenido vivo empeño en ocuparnos someramente de ellos, antes de dar por terminada nuestra impropia tarea.

Tres distintos períodos comprende el desarrollo histórico y económico de los bancos de los Estados Unidos:

El primero abraza de 1780 á 1837, es el más largo de los tres y se distingue por la lucha entre los dos grandes partidos que, desde su origen, dividieron la opinión pública en los Estados Unidos con motivo del establecimiento de un banco central de Estado. En 1791 y en 1816, las más imperiosas necesidades económicas y políticas dieron al partido federalista, representado hoy por el llamado republicano, bastante ascendiente para instituir un banco de los Estados Unidos; mas por primera vez en 1811, y definitivamente en 1836, consiguió prevalecer la tendencia contraria.

Comprende el segundo desde 1837 á 1863, período que podemos denominar de la libertad absoluta, reconocida por el poder central á los Estados para constituir y organizar bancos de emisión. No hay nación alguna que tenga adquirida experiencia más larga y más completa, así de las ventajas como de los inconvenientes de la libertad y de la diversidad de las emisiones. Pero, aunque todo hace creer que sin la guerra de secesión, ninguna restricción ni límite se hubiera impuesto al derecho de cada Estado de arreglar á su modo el régimen de los bancos de emisión en su respectivo territorio, la fuerza de las cosas condujo insensiblemente durante este período, bajo la influencia económica preponderante de las leyes del Estado de New-York, á introducir en dicho régimen modificaciones de importancia, impuestas por los peligros de la libertad absoluta y de la exagerada diversidad de las emisiones, que, en realidad, fueron el punto de partida de los cambios operados durante el tercer período de la constitución de los bancos de emisión.

Este tercer período da principio en 1863 y dura todavía. Bajo muchos puntos de vista es digno de estudio; primero, porque coincide con los sucesos y las exigencias financieras y económicas de la guerra de secesión, con empréstitos enormes, con la experiencia más completa del papel moneda y con el establecimiento de exagerados impuestos; y luego, porque está caracterizado por la vuelta al poder del partido federalista, del que, durante el primer período, había conseguido en dos distintas ocasiones fundar un banco central de los Estados Unidos. En fin, bajo la influencia de hechos políticos y económicos y de las preferencias del partido preponderante, se instituyó, aplicó, experimentó y todavía se sostiene, un régimen nuevo, concebido de una manera tan poderosa como original, que corresponde á las exigencias de una situación extraordinaria y asegura el principio de la libertad de emisión, conciliándolo con las garantías indispensables reclamadas por la circulación fiduciaria en un territorio de tan vasta extensión y poblado en la actualidad por más de 50 millones de habitantes: régimen todavía imperfectamente conocido en Europa y que, considerado bajo ciertos aspectos, ofrece admirables transiciones y hasta soluciones á los problemas, todavía planteados y no bien resueltos, de la organización de los bancos y de la circulación fiduciaria.

PRIMER PERÍODO.—El incremento portentoso de la población en los Estados Unidos, la subida de los salarios, la baratura de las subsistencias, la rapidísima formación de capitales, los continuos pedidos del trabajo, las facilidades para establecerse las familias,

todo lo que constituía los más plausibles testimonios de su prosperidad de entonces y de su grandeza y poderío futuros, viose comprometido al estallar la guerra de la Independencia. Los Estados confederados principiaron la lucha sin constituir un poder central; el Congreso, formado por sus delegados, tenía la misión de votar los gastos, pero no el derecho de proveer á ellos. Pronto fueron insuficientes los recursos, pues, según escribía Washington á Luis XVI, á los confederados ante todo les faltaba dinero.

Acostumbrados como estaban la mayor parte de aquellos Estados al papel moneda, (como lo corrobora Adam Smith), á él debieron al principio la mayor parte de los recursos para sostener la lucha, al mismo tiempo que se evitaban los impuestos, ya que las tarifas de la metrópoli entraron por mucho en que estallara la insurrección. Desde 1776 á 1778 se gobernaron con el papel moneda. Desde 1777, perdió este 50 por 100 (1). La totalidad de las emisiones se elevaba á 350 millones de dollars, ó sea 1,750 millones de pesetas. La penuria era general y hubo día en que los soldados de Washington hubieron de pasarlo sin comer.

En 17 de junio de 1780, cierto número de comerciantes de Filadelfia convocaron un meeting para deliberar sobre la situación, y acordaron en él abrir una suscripción pública para proporcionar 1.500,000 dollars ó 300,000 libras de moneda real á fin de poder pagar al ejército, pues Washington había escrito que no podía ya más y que sus soldados estaban próximos á insurreccionarse. La suscripción se abrió inmediatamente gracias al apoyo de comerciantes holandeses y á la intervención activa del director de hacienda M. Morris, uno de los hombres más ilustres de aquella gran generación.

Dirigiéronse los suscritores al Congreso solicitando autorización para fundar un Banco, y en 21 de junio votó el Congreso el siguiente acuerdo: «Atendido que cierto número de patriotas de Pensilvania han comunicado al Congreso el generoso ofrecimiento de acudir con sus propios recursos á la provisión y al transporte de 3 millones de raciones y de 300 barriles de ron para las necesidades del ejército, y para conseguirlo con más facilidad han establecido un banco....» El banco se constituyó con un capital de 400,000 dollars, distribuido en acciones de 400 dollars cada una, bajo el nombre de *Bank of North of America*, y fué el primero de emisión fundado en los Estados Unidos. Reorganizado más tarde, continuó hasta 1864 con el mismo capital, siendo el banco del Estado de Pensilvania, y todavía existe hoy como banco nacional y con un capital de un millón de dollars. Desde 1792 hasta 1875 ha repartido por lo regular un dividendo de 11 por ciento á sus accionistas, y los servicios que ha prestado han sido de consideración. Dos bancos más se constituyeron en aquella época: el de Massachussets en Boston, en 1793, y el de New-York en 1784. Estos tres bancos son los primogénitos de los numerosos establecimientos de crédito de los Estados Unidos; todos nacieron de la misma crisis y tuvieron por objeto remediar las mismas dificultades.

Pero dichos tres bancos eran bancos de Estados, como que recibieron sus cartas, no del Congreso, sino de cada uno de los Estados en donde se establecieron; así es que

(1) En 1780 podía pagarse en los Estados Unidos una deuda de 4,000 pesetas, con 100 pesetas en plata.

fueron impotentes para dominar la situación financiera creada por la guerra. Hecha la paz, mostráronse los Estados poco dispuestos á cumplir sus compromisos, ya con el ejército, ya con sus acreedores. En 1787 el papel moneda echado á la circulación todavía representaba 1,750 millones de dollars. El gobierno estaba desconceptuado, y ninguno de sus compromisos con Inglaterra y Francia había llenado. Atravesaban las trece colonias emancipadas una peligrosa crisis á la que sólo pudieron resistir con el gran patriotismo de Washington y la ilustrada iniciativa de Hamilton, su secretario de Estado y de Hacienda. Se hizo un llamamiento al pueblo, quien lo atendió y la constitución fué votada. Antes de abandonar Hamilton el poder, quiso completar su obra fundando un banco central que fué votado por el Congreso en 25 de febrero de 1791, con un capital de 10 millones de dollars distribuidos en 5,000 acciones, de las que suscribió el gobierno la mitad y realizó con ellas un beneficio de más de un millón de dollars. Ningún privilegio se concedió al banco sinó el de ser el único de emisión federal durante los 20 años de su existencia. Cada Estado se reservaba el derecho de establecer otros bancos en su territorio.

El derecho de emisión, de fabricar billetes pagaderos al portador y de ponerlos en circulación, se consideraba todavía en aquella época como perteneciente á cada Estado. Negábase á los particulares, estuvieran ó no asociados; mientras que en Inglaterra se les concedía, según hemos visto ya. Esto hizo que en el Congreso fuera muy debatida la cuestión de si tenía ó no el derecho de instituir un banco de Estado, votando *no* 19 diputados y 39 *si*. Todo el partido contrario á la influencia del poder federal, partido que más tarde ha sido el llamado *demócrata*, combatió tenazmente el proyecto de Hamilton, sobre todo Jefferson, su colega en el ministerio. Semejante hostilidad no ha sido nunca desmentida: en 1810, á pesar de los servicios del Banco, el Congreso rehusó por 17 votos contra otros 17 renovar el privilegio que le concediera.

La naturaleza de los servicios prestados por el Banco de los Estados Unidos era doble: era un vigilante é interventor indirecto de los demás bancos por el mero hecho de admitir ó rehusar sus billetes, al propio tiempo que facilitaba el servicio de tesorería. Cuando se liquidó, en 1811, tenía en circulación 5 millones de dollars y depósitos por 7.800,000 dollars. No bien terminada su liquidación, tuvo que reconocerse cuán erróneamente se había obrado al decretarla. Estalló en 1812 la guerra con Inglaterra y agravose sobre todo encarecimiento la situación financiera. El número de bancos de emisión, que era ya de 50 en 1811, con una circulación de 28 millones de dollars, elevose á 120 en 1815, con una circulación de 110 millones. La población total de los Estados Unidos no pasaba entonces de 6 millones de habitantes y estalló una crisis espantosa, que fué la primera gran crisis americana. Viose obligado el Estado á tomar dinero á préstamo al 15 por ciento. En setiembre de 1814 todos los bancos tuvieron que suspender los pagos en numerario de sus billetes. El Gobierno, que había confiado fondos á más de cien bancos de estos, perdió 9 millones de dollars. M. Dallas, secretario de Estado y de Hacienda, pidió al Congreso que desde 1815 autorizara la formación de un nuevo banco de los Estados Unidos, y Madison, presidente entonces, opuso su veto al proyecto de ley presentado por su ministro. Cedió, empero, al año siguiente, y el segundo *Bank of United States* quedó autorizado por la ley del 10 de abril de 1816, con un capital de 35 millo-

nes de dollars, dividido en 350,000 acciones de á 100 dollars. El gobierno se suscribió por 7 millones de dollars; el Banco debía ser administrado por cinco directores nombrados por el Presidente de los Estados Unidos; podía crear sucursales; facilitar al gobierno el transporte de sus fondos, apoyarle en los empréstitos y recibir sus fondos en depósito. Podía también emitir billetes pagaderos al portador, pero que no fueran inferiores á 5 dollars: los de 100 dollars eran pagaderos en especies al primer aviso, bajo pena de la multa de 12 por ciento. Todos los billetes eran recibidos en pago de las deudas del Estado. Las operaciones de dicho banco debían limitarse al descuento, á la compra de metales preciosos, á préstamos sobre prenda ó sobre hipoteca inmueble y á la realización de las garantías. Su privilegio terminaba al cabo de 20 años.

Regido este banco con gran habilidad, prestó al Gobierno y al país los mayores servicios. Pagó al primero desde luego el precio alzado de un ajuste por 1.500,000 dollars, compró oro por 7 millones de dollars y restableció rápidamente la seguridad y la confianza en la circulación fiduciaria del país. Desde 1812 á 1820 atravesaron los Estados Unidos una época difícil. La guerra de 1812 fué seguida de larga y desastrosa crisis financiera. El papel del Estado perdía todavía 20 por ciento y aumentaron en 60 millones de dollars los compromisos del Tesoro. La inspección del banco de los Estados Unidos bastó para que en todas partes reinasen el orden y la estabilidad sin dañar ni causar extorsión siquiera al desarrollo de los demás bancos, que aumentaron sucesivamente desde 120 en 1815 á 307 en 1820, con 102 millones de dollars de capital y 40 millones de dollars en circulación, á 281 en 1829 y á 506 en 1834, con 200 millones de capital, una circulación de 95 millones y 75 millones de depósitos. En cuanto al Banco de los Estados Unidos, en primero de noviembre de 1834 tenía una circulación de 16 millones de dollars y 9 millones de depósitos. En 1820 sus depósitos llegaron á 6.500,000 dollars y sus billetes á 4.400,000 dollars. Estas cifras indican, que mientras prestaba á los demás bancos y al Estado el servicio de vigilar indirectamente la circulación fiduciaria de 506 establecimientos de crédito, autorizados todos para emitir billetes al portador, no ocasionaba á los de los Estados una competencia peligrosa.

Y sin embargo, estaba ya condenado por la opinión pública. Es este uno de los sucesos más curiosos de la historia económica de los Estados Unidos. El partido demócrata, que había tenido por jefe á Jefferson y que siempre había pretendido poner la independencia de los Estados al abrigo de la influencia del poder central, no cesó en sus hostilidades contra todo banco nacional, á pesar de los favorables ensayos llevados á cabo desde 1791 á 1811 y desde 1816 á 1829. Los bancos de Estado detestaban, como es de suponer, la vigilancia é intervención que el banco central ejercía indirectamente sobre sus emisiones, admitiéndolas ó rehusándolas; como que desaparecía en seguida el crédito de cualquiera de estos bancos cuyos billetes fueran rechazados en Filadelfia. El banco ejercía, pues, según ellos, una especie de aristocrático monopolio que hasta era ilegal. ¡Cuántos especuladores que fundaban bancos en medio de los bosques (1).

(1) En 1835, Miguel Chevalier, presidente de la colonización de los Estados Unidos, uno de los viajeros que mejor supo comprender la grandeza de los destinos de la confederación americana y la misión de

para eludir mejor, por la distancia ó el peligro del viaje, las presentaciones de sus billetes al cobro, tenían gran aversión al banco! Hasta el pueblo se la profesaba, porque siempre ha sido impopular en los Estados Unidos la industria bancaria, y todavía lo es hoy, por dos motivos: por las numerosas suspensiones de pago que ocasiona, y por la arraigada creencia de que la facultad de emisión proporciona á los banqueros beneficios exagerados y casi ilícitos.

Elegido presidente de los Estados Unidos en 1829 por el partido demócrata, el héroe de la guerra de 1812, el general Jackson, hizose desde luego eco de estos sentimientos; así es que desde el mes de diciembre de 1829 dirigió al Congreso un mensaje hostil al Banco. Empeñose entonces una lucha memorable entre el Presidente y el Banco, que no terminó hasta en 1836, y cuyas diversas fases y singulares peripecias fueron presenciadas por Tocqueville y Miguel Chevalier, quienes las relatan en sus escritos. El partido federalista en masa, hoy partido republicano, sostenía al Banco; el partido demócrata, al Presidente. Por 107 votos contra 85 pudo votar el Congreso en 1832 la prolongación del privilegio del Banco. Opuso su veto el Presidente y de un modo brusco retiró el importe de los depósitos que el Tesoro tenía en el Banco. Dirigido este por un hombre de talla, M. Biddle, el Banco hizo frente á todo. En cierta oca-

los bancos en el movimiento progresivo y rápido de la prosperidad de aquel privilegiado país, decía que esta era debida á tres factores: á la religión, representada por la Iglesia; á la ciencia, representada por la Escuela, y á la industria cuyo representante era el Banco. Y á propósito de estos establecimientos manifestaba sus impresiones escribiendo, entre otras cosas, lo siguiente:

«Un europeo de la Europa continental, para quien la idea de banco está íntimamente asociada á la de un gran capital, experimenta viva sorpresa, aún cuando sea la centésima vez que tropiece con una institución de este género en localidades que todavía permanecen en el estado intermedio entre la aldea y el primitivo bosque. En las riberas del Schuylkill, que desemboca en Delaware, cerca de Filadelfia, existe una aldea en embrión, construída cuando las especulaciones mineras, allí en donde principia el río. Su nombre es Port-Carbon, y está compuesta de unas treinta casas. Tal prisa se dieron á construirla, que ni siquiera se tomaron la molestia de arrancar de cuajo los árboles que poblaban el suelo; fueron quemados de cualquier manera. Sus troncos muestran sus cabezas carbonizadas, que se elevan á la altura de 5 á 6 pies. Hay que pasar de una á otra habitación serpenteando por entre estos maderos cortados y ennegrecidos, saltando á veces por encima de enormes troncos diseminados por todas partes. En medio de este tablero asoma una gran casa en cuyo frontispicio se lee: *Office and discount Schuylkill bank*. La existencia de un banco en medio de los troncos de Port-Carbon me ha maravillado tanto como la elegante y universal limpieza de Filadelfia, y la inmensa flota que sin descanso entrega y recibe en los puertos de New-York los productos de todas las partes del mundo.» (*Lettres sur l'Amérique du Nord*, 1.^{er} vol., p. 287.)

En un notable trabajo publicado en setiembre de 1882 por M. E. Fournier de Flaix, al referirse este escritor al párrafo transcrito de M. Miguel Chevalier, añade el siguiente comentario.

Todavía sucede lo mismo hoy, pero sólo en Ydaho ó Arizona, es decir, mas allá de los montes Wahsatch se encuentran bancos que nos harían recordar el de Port-Carbon. En la fecha en que escribimos, se cuentan ya 3 bancos en Wyoming, 3 en Montana, 3 en Arizona, 17 en Dacotah, 6 en nuevo México, 3 en Utah y 1 en Ydaho; de modo que el movimiento naciente de la colonización que Miguel Chevalier estudiaba hace medio siglo en Pensylvania, ha invadido después y se ha apoderado del territorio inmenso que separa el Atlántico del Pacífico. Desde 1837 á 1860, el número de bancos creció hasta llegar á 4,601; su capital, á 429 millones de dollars; sus depósitos, á 257 millones, y su circulación á 202 millones, ó sea más de un billón de francos; cuando en esta época la del Banco de Francia no excedía de 740 millones de francos.

sión, el partido democrático coaligose para presentar de repente á la sucursal de Savannah una importante masa de billetes. Biddle adivinó el golpe y halló el medio de remitir con oportunidad á Savannah las especies metálicas necesarias. La contienda no pudo terminar sinó por las elecciones de 1834, por las que el partido democrático tuvo mayoría en el Congreso. La hora del Banco había llegado entonces y no tuvo más remedio que liquidar. Continuó, sin embargo, funcionando como banco del Estado de Pensylvania hasta 1836, en que terminó su liquidación, pagando por completo su pasivo y retirando todos sus billetes. Hasta el Estado cobró los 7 millones del capital que suscribió; pero los accionistas lo perdieron todo. M. Biddle había cometido la imprudencia de hacer cuantiosos anticipos al Estado del Mississippi, gobernado por el partido democrático. El Estado, obrando con insigne mala fe, no reconoció la deuda, M. Biddle se suicidó y los accionistas perdieron su dinero.

No fueron ellos solos los que tuvieron que lamentar lo sucedido. La liquidación del Banco de los Estados Unidos coincidió con la crisis financiera más terrible que haya devastado la confederación, crisis que ha sido el punto de arranque contra la preponderancia del partido democrático. La causa determinante de la misma fué la desaparición de la saludable vigilancia é inspección indirectas, que de hecho ejercía en la circulación el banco central en mal hora disuelto. Al terminar, con motivo de las elecciones de 1834, la lucha contra el mismo, surgieron en todas partes muchos establecimientos de crédito locales. En 1837 eran en número de 722 con 360 millones de capital y 97 millones de dollars en circulación. Este aumento en la circulación provocó en las mercaderías cierta abundancia inusitada, sobre todo en los algodones en rama: siguió á esta abundancia la baja, y con ella la desaparición del capital circulante; después sobrevinieron las quiebras. En Nueva Orleans sucumbieron tres casas con un pasivo de 140 millones de pesetas, y en Boston 1,200 negociantes se presentaron en concurso. Todos los bancos suspendieron el pago de sus billetes. La angustia, la ansiedad, la ruina pronto fueron generales é indescriptibles: para comprenderlas es menester reflexionar sobre la situación de un país inundado por 722 clases de billetes de banco, todas á la vez inconvertibles ó incobrables.

Por fortuna la presidencia del anciano Jackson tocaba á su término. Jamás se pudo hacerle comprender nada de lo que ocurría, y no por esto dejaba de repetir en el retiro al cual fué irrevocablemente condenado, que «nunca los bancos habían cometido semejantes fulleras.» Y sin embargo, él los había arruinado á todos ó poco menos, lo cual, como vamos á ver, constituye un precedente que debe notarse y una lección severa digna de no ser olvidada. Van Buren, sucesor de Jackson, viose precisado á reunir el Congreso en sesión extraordinaria para deliberar sobre la situación, que era gravísima, sobre todo habiendo Jackson diseminado en todos los bancos las reservas del Tesoro. Fué preciso retirarlas, y esto fué un nuevo motivo de crisis. El Congreso acordó que en lo sucesivo los depósitos del Tesoro sólo se fiarían á los bancos que el mismo designara. La crisis se prolongó durante todo el año; y como el Banco de Inglaterra rehusara el descuento de cualquier papel de los Estados Unidos, hasta los bancos de New-York tuvieron que suspender sus operaciones.

SEGUNDO PERÍODO.—Reanudando sus pagos los bancos de New-York, moderaron